

## GALICIA





Julio Camba

GALICIA

Prólogo de  
Ramón Villares

Edición, introducción y notas de  
Francisco Fuster

**fórcola**  
Periplos

## **Periplos**

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Un antiguo Ford T frente a la Torre de Hércules

© Del prólogo, Ramón Villares, 2015

© De la edición, introducción y notas,  
Francisco Fuster García, 2015

© Fórcola Ediciones, 2015

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-1018-2015

ISBN: 978-84-16247-41-7

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

## PRÓLOGO

### La mirada gallega de Camba

*Ramón Villares*

Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidade de Santiago de Compostela y Presidente do Consello da Cultura Galega

QUE JULIO CAMBA era gallego de nación no se puede poner en duda, a pesar de las humoradas que este periodista y escritor, nacido a finales de 1884 en Vilanova de Arousa, solía desgranar en artículos y tertulias sobre orígenes e identidades. Pero también es cierto que Camba sólo vivió de forma permanente en su tierra natal durante su infancia hasta que, con apenas quince años, se embarca con dirección a Buenos Aires, como hacían entonces tantos convecinos suyos, aunque los motivos fuesen bien diferentes. A partir de esta experiencia porteña, en cierto modo también gallega, la vida de Julio Camba se reparte entre la ciudad de Madrid, sus frecuentes viajes al extranjero como corresponsal de prensa y periódicas visitas a Galicia, a veces en tiempo estival y en otras ocasiones como «veraneante extemporáneo», incluida su estancia obligada en sus lares paternos durante buena parte de la guerra civil. Nunca olvidó Galicia, pero sus gentes y problemas no lograron alcanzar una presencia significativa en el conjunto de su obra de escritor de periódico. De los más de tres mil artículos que se calcula habrá escrito, la temática específicamente gallega es realmente baja, aunque algunos de sus libros más conocidos, como *Playas, ciudades y montañas*, *La rana viajera* e incluso *La casa de Lúculo*, estén tamizados de constantes referencias gallegas. Podría pensarse que estamos ante una persona con orígenes reconocidos, pero claramente desarraigada desde la perspectiva afectiva y cultural, como sucedió con tantos escritores españoles (y europeos) del primer tercio del siglo xx, que abandonaron su tierra natal para asentarse en las grandes capitales culturales del momento. Julio Camba hizo también

este viaje, pero no responde cabalmente al perfil de quien olvida sus orígenes para construir con su recuerdo una nueva Arcadia claramente idealizada.

El que luego sería conocido como «el solitario del Palace» es de otra cepa, del que no niega su procedencia sino que la transforma críticamente a la luz de una lámpara cosmopolita, proyectada en unos espejos que, al modo de su admirado Valle-Inclán, devuelven imágenes deformadas, unas veces por exceso y otras por defecto. Por eso no acepta una parte del legado cultural gallego (especialmente el idiomático y literario) ni aplaude la idea de construir una identidad cultural y política de carácter diferencial. Pero, en cambio, hace suyo el llamado humorismo galaico, construido a partes iguales de socarronería popular y descreimiento religioso. Su mirada gallega es poco convencional y, por veces, acerbamente crítica al introducir visiones matizadas de problemas complejos como es la emigración americana, el clientelismo político o el combate del pintoresquismo como estereotipo o «marca-país» de Galicia. Pero también es tópica y poco matizada cuando se enfrenta a nuevas realidades, como la aparición de una lengua gallega culta o propuestas políticas autonomistas, que despacha sin su habitual distancia irónica. Por esta razón, su biografía responde a un modo particular de ser gallego en los tiempos modernos. Como muchos de sus coetáneos fue un emigrante voluntario y un retornado forzoso y, en la mayor parte de su vida profesional, un viajero que buscaba en el otro la forma de conocer mejor la cultura propia. Se consideraba a sí mismo, e incluso presumía de ello, miembro de la «raza celta» y un amante de la tierra y el paisaje de Galicia, pero era poco devoto del incipiente galleguismo político y cultural que estaba emergiendo en los primeros decenios del siglo xx, a pesar de haber mantenido intenso trato con figuras como el poeta Ramón Cabanillas o con periodistas como Manuel Lustres Rivas. Tampoco su confesado celtismo lo llevó a frecuentar, como había hecho Valle-Inclán en sus años de mocedad, al gran constructor del mito celta que

fue el historiador Murguía, primer presidente de la Real Academia Gallega. Sin renunciar a su condición de gallego –«Yo soy de Villanueva de Arosa, partido judicial de Cambados, provincia de Pontevedra»–, hizo de Madrid no sólo su residencia habitual sino también su nido intelectual y afectivo, a pesar de las muchas chanzas que le merecieron los gallegos que, en vez de irse a América, se iban a Madrid con la esperanza de llegar a ser ministros. En el fondo, parece sugerir que el triunfo del gallego estaba siempre fuera de Galicia, sea como emigrante en las repúblicas americanas o como político en la capital del Reino.

En realidad, la actitud de Julio Camba encaja más claramente en la trayectoria del intelectual español finisecular, involucrado en un proyecto de construcción nacional de España, de naturaleza regeneracionista, precipitado por la «debacle» del 98. A pesar de haber conocido en Buenos Aires el esplendor cultural que los inmigrantes gallegos estaban protagonizando al otro lado del océano, Camba no escogió el camino del regionalismo cultural ni adoptó un programa de combate político anticaciquil como la *Acción Gallega* del cura Basilio Álvarez. Por el contrario, Camba fustigó sin contemplaciones las propuestas políticas de las *Irmandades da Fala*, ignoró explícitamente la obra literaria de la *Xeración Nós*, incluido el artista Alfonso Castelao, y criticó con destemplanza los esfuerzos de dignificación de una lengua popular y campesina, que el propio Camba hablaba, de creer el texto necrológico de «Augusto Assía». También en este punto se puede decir que Julio Camba se adapta bien al modelo del escritor de origen gallego, asentado en Madrid, que cultiva las relaciones con el mundo oficial de la política y la administración y que es capaz de hacerse un nombre en la República de las Letras y del periodismo. Otros lo habían logrado antes que él, como Luis Taboada o Alfredo Vicenti, el mítico director de *El Liberal*, y otros lo acompañaron en esta carrera, como Wenceslao Fernández Flórez o Victoriano García Martí. Pero ninguno de ellos llegó a dominar el arte de la escritura del artículo breve ni a gozar de la envidiable capacidad

viajera que logró Julio Camba en sus años de mayor actividad, en las primeras décadas del siglo pasado. Tan sólo uno de sus discípulos y admiradores, el gallego Felipe Fernández-Armesto («Augusto Assía») alcanzaría veinte años más tarde una experiencia internacional comparable a la de Camba, aunque el estilo de sus artículos de prensa y sus libros se hallen a considerable distancia de los escritos por su maestro.

El conocimiento que Camba poseía de Galicia y de su cultura era bastante preciso, tanto por experiencia vivida como adquirida a través de la lectura. Él viajaba con frecuencia a su tierra natal y, además, se mantenía en contacto con la realidad gallega en Madrid, donde abundaba una población estable o flotante de gallegos, desde estudiantes universitarios y aspirantes a políticos hasta posaderos o mozos de cuerda. Aunque su biblioteca era «sobria», poseía clásicos españoles y libros en lenguas extranjeras, entre los que uno de sus entrevistadores, Alfonso Camín, descubre en 1927 que «uno, empastado con gran lujo, escrito en torno de Galicia, es de escritora inglesa», que sin duda se trata de Annette Meakin, autora de *Galicia, The Switzerland of Spain* (Methuen, Londres 1909). Sin embargo, sus artículos gallegos nunca habían sido reunidos en un volumen, como sucedió con sus textos relativos a París, Berlín, Londres o Nueva York. Aquí se reúnen por primera vez los que, a juicio del compilador, constituyen los «mejores artículos» de Camba sobre su tierra. Son sólo medio centenar, cantidad verdaderamente escuálida en comparación con los varios miles de artículos que escribió Camba. Pero el número importa menos que la calidad. Y en este caso se puede decir que a través de una secuencia temporal que cubre casi cuarenta años –desde el primero, «Galicia» (1905), hasta el último, «Villagarcía» (1942)– se aprecia claramente la solidez y coherencia de la mirada de Camba sobre Galicia. Se trata de una mirada que sufre algunas variaciones acordes al paso del tiempo, pero que conserva la armazón básica del enfoque distante y crítico sobre una realidad que conoce de forma directa, en la que encuen-



tra virtudes y vicios que otros coetáneos no eran capaces de ver o los convertían en manidos estereotipos. Bastaría cotejar los miles de artículos y reportajes publicados en la revista *Vida Gallega* (que comienza en 1909), o en tantas revistas de la emigración americana, con este manojo de textos de Camba para descubrir que una parte esencial de la imagen de la Galicia de la época se halla bien retratada por la pluma del escritor arosano, aun a costa de las deformaciones provocadas por los espejos sobre los que proyecta esa realidad.

Ésta es la grandeza de un periodista que analiza Galicia como podría hacer con las gentes de Estambul o de Berlín, bajo un prisma comparado y con escasa afición al enfoque «emic» que habrían de popularizar los antropólogos. Ironía y distancia crítica son las armas con las que construye su punto de vista y con las que combate todo peligro de dar por buenas las ideas recibidas. No podría decirse que sea un caso único, pues algunos periodistas algo más jóvenes, tal que un Josep Pla, usaron estas mismas herramientas analíticas. Pero quizá sea Camba el que mejor conjuró el peligro de ser un cronista social, como lo fue Luis Taboada, o un autor de textos políticos y doctrinarios, como Agustí Calvet («Gaziel») o Manuel Chaves Nogales, para no acudir a autores de mayor calado como Ortega y Gasset o Manuel Azaña, también frecuentes articulistas. El periodista gallego era consciente de su dominio de la palabra escrita y del valor de su estilo; también de su originalidad, que lo emparentaba con su rebeldía juvenil, luego mutada en un aristocratismo estetizante. Para decirlo con palabras de su admirado maestro Azorín, Camba es «un rebelde contra el prejuicio, contra una falsa tradición, contra ciertas formas éticas anticuadas y nocivas», esto es, un apóstol del hombre nuevo y fuerte, como buen lector de Nietzsche. Medicina que aplicó también a las dolencias que observaba en su patria chica...

Las miradas de Camba sobre Galicia, aun teniendo cierta continuidad temporal, se concentran en varios períodos de notable transformación social y cultural de su tierra, lo que revela que sus escritos gallegos no son en rigor algo ocasional o de «veraneante extemporáneo». El primer momento es el de los años 1908-1909, cuando tiene lugar la experiencia de la Solidaridad Gallega (fundada en 1907), la aparición de un programa de reformismo agrario contenido en las Asambleas Agrarias de Monforte de Lemos (1908 a 1911), la celebración de la Exposición Regional de 1909, coincidiendo con un Año Santo compostelano y, finalmente, la proyección turística internacional de Galicia, a través de la oferta del balneario de Mondariz en conexión con la empresa naviera inglesa Booth Line que atrajo turistas y peregrinos al eje Mondariz-Santiago, todo ello reforzado por la difusión de los valores culturales y turísticos de Galicia a través de libros como el de la ya citada Annette Meakin. Es la etapa en la que Camba repara más en las ciudades y el paisaje gallegos, en sus monumentos y en algunos de sus principales próceres, como Montero Ríos, el marqués de Riestra, González Besada o el emigrante retornado Casimiro Gómez, con industria balnearia asentada a orillas del río Lérez. Pero también se fija en la ciudad de Santiago de Compostela y su catedral, en las celebraciones auspiciadas por la Exposición Regional, en las primeras luchas antiforistas del Directorio de Teis e, incluso, en la influencia política de los «curas de aldea». Es asimismo el período en el que dispara sus dardos más agudos contra los representantes de la «vieja política», en especial el marqués de Riestra, al que pinta como un hacedor de ministros «y hasta jefes de gobierno», o contra la cazurrería de Montero Ríos y sus mañas de abogado «canonista», uno de los tópicos más asentados en la España de principios del siglo pasado. En este punto, Camba analiza el clientelismo político gallego con la misma dureza y con semejantes estereotipos a los usados por grandes articulistas y cronistas parlamentarios de la época, como Unamuno, Azorín o

W. Fernández Flórez, asumiendo un mensaje regeneracionista de raíz costista que, pese a todo, no logró agrietar de modo significativo el sistema político de la Restauración pero que, en cambio, logró acuñar un paradigma interpretativo del liberalismo español (de «oligarquía y caciquismo») que tendría larga vida y que, de paso, atribuyó a la política gallega prácticas que no eran exclusivas de ella.

Un segundo bloque de artículos corresponde al período de 1918-1919, un tiempo en el que Camba, retornado de sus corresponsalías en Berlín y Nueva York, permanece algunos meses en Galicia. Es un momento histórico muy convulso en el plano social con la radicalización del agrarismo y la lucha por la propiedad de la tierra y con la apertura de una nueva fase de emigración masiva hacia América; pero también es convulsa la situación política, tras la gran crisis institucional de 1917 y las consecuencias sociales del llamado «trienio bolchevique» que, en el caso de Galicia, tiene una expresión básicamente de revuelta agraria, contra el régimen de los foros y contra el sistema tributario. También de nuevas propuestas políticas y culturales debidas a la consolidación del nacionalismo gallego del movimiento de *As Irmandades da Fala*, que celebraron su asamblea fundacional en Lugo en noviembre de 1918, a los pocos días de haber concluido la Guerra Mundial. La imagen que Camba proyecta entonces de su tierra natal es más crítica, sobre todo por razones políticas e idiomáticas, y toma buena nota de la conflictividad social que se está desarrollando en torno a los foros y la lucha del campesinado gallego por ser propietario parcelario, lo que explica a su modo con el artículo titulado «El país donde todos son propietarios» (con la excepción del propio Camba). En este caso, se hace eco de viejos tópicos sobre el minifundismo y la condición supuestamente feudal de los foros, pero también es capaz de advertir, a cuentas del «arcádico arado» y del «carro venerable», que se están llevando a cabo cambios muy importantes en la ruralía gallega que contradicen la visión del campo como un repositorio de

las esencias patrias. El argumento de Camba es más que irónico: «Los carros gallegos cantan, y los poetas cantan el canto de los carros gallegos. No les hablen ustedes a estos poetas de sembradoras mecánicas ni de trilladoras automóviles. Semejantes chismes destruirían la poesía del campo, y entonces no habría certámenes literarios, ni flores naturales, ni nada». Sin aludir a ello de forma expresa, Camba da cuenta de la modernización agraria que vive Galicia como uno de los efectos más visibles de la neutralidad española durante la contienda bélica europea.

Insiste en esta misma temática en un tercer bloque de artículos, que corresponden a los primeros años de la dictadura de Primo de Rivera y a la II República. Es entonces cuando Camba vuelve sobre las innovaciones técnicas del campo gallego y cuando retorna a temas de su preferencia, como la lengua o la emigración. También se ocupa de reivindicaciones culturales que compensen la visión del emergente nacionalismo gallego, con su apología de la Bella Otero como la única «gloria regional» con derecho a un monumento o terciando en la polémica del origen de Colón apostando por un «Colón celta», que haría de él «el primer indiano gallego». En tiempos republicanos, la atención de Camba a los problemas gallegos es realmente escasa y en general poco matizada, cuando se muestra satírico con las aspiraciones autonómicas (el «estatutillo») o el rumbo que está tomando la incorporación de la lengua gallega en ámbitos inesperados como el de la universidad («*haxádegos de cadeirádegos*»). Es la versión galaica del desamor hacia el proyecto republicano que caracteriza los textos reunidos en el volumen *Haciendo de República* (1934). Sorprende la mirada deformada, propia de un espejo cóncavo, que Camba proyecta sobre el proceso de regalleguización que comienza a vivir Galicia durante el primer tercio del siglo xx, gracias a iniciativas como la revista *Nós* (1920) o al *Seminario de Estudios Galegos* (1923), la versión galaica de los centros de estudios creados en España, por influencia institucionista, a

imagen del mítico «seminario» alemán. Pero Camba no encuentra en este proceso ningún signo de modernidad y recurre a los estereotipos más comunes para analizar la situación de la lengua gallega y del regionalismo político. Éste es calificado de «cursilería desesperante» y el idioma, como un producto de laboratorio de una minoría de cursis y pedantes que son capaces de crear una nueva lengua, no popular, que es el «gallego de los galleguistas». Desde luego, el futuro que le aguarda a la lengua gallega, en la perspectiva de Camba, es poco halagüeño, dado que en una primera incursión en el asunto (1908) consideraba que «el gallego se va deshaciendo en el castellano y ésta es su obra: la de enriquecer el idioma común [español]», mientras que unos años más tarde (1926) ya sugiere otra alternativa bien distinta: «Si en gallego se puede decir todo lo que se quiere, ello es tan sólo a condición de decirlo en portugués». Opiniones que recuerdan las que sostenía el poeta Fernando Pessoa a propósito de las lenguas peninsulares, en las que sólo reconocía el castellano, el catalán y el galaicoportugués.

El repaso que Camba realiza sobre la realidad gallega de su tiempo, sin ser sistemático, cubre bastantes caras de la misma. Cada artículo, a pesar de su brevedad, tiene entidad por sí mismo y es un compendio de un problema complejo. Pero hay algunas obsesiones que marcan esta mirada gallega de Camba. Además de la crítica política o de su actitud claramente antirregionalista, hay algunos otros temas que tuvieron en Camba un tratamiento original, a veces a contracorriente y, desde luego, crítico desde una distancia irónica. Uno de esos temas es la atención que le presta a la «fama» de Galicia, una de las obsesiones de Camba, no tanto por tratarse de su tierra natal sino porque éste es uno de sus grandes *leit-motiv* como escritor: indagar en la naturaleza de las culturas y de los países que visita. Galicia no podría quedar al margen y no es casual que el primer artículo aquí recogido («Galicia») constituya una cró-

nica de la llegada a la capital, para las fiestas del centenario del Quijote y del patrón San Isidro, de los «orfeones gallegos». Es un texto con bastantes tópicos sobre campesinos resignados y soñadores, pero ya se advierte lo que será una constante en su mirada gallega: que Galicia posee una cultura milenaria que es el resultado de lo que él llama «el poso de las edades pasadas». En varios artículos de Camba aparece un punto de vista que rompe parcialmente con los estereotipos que desde mediados del siglo XIX venían circulando sobre Galicia y sus habitantes: la imagen de una «Irlanda de España», lo que, dicho de otro modo, suponía entender esta tierra como un lugar primitivo y, sobre todo, pintoresco y poco atractivo, frente a la «gracia de nacimiento» del andaluz que unánimemente se consideraba de forma positiva. Las identidades, los acentos y los primitivismos son ideas que rondan de forma constante los textos de Camba, sin que el autor posea un pensamiento sistemático en este punto. Pero hay un evidente orgullo en su reivindicación de la buena fama de Galicia, lo que aleja su mirada gallega tanto de la crónica paternalista y despreciativa del veraneante y del viajero poco avisado, como del nuevo intelectual nacionalista que canta las glorias de su tierra y de su paisaje para fundar sobre ellas un proyecto político.

Julio Camba combate la imagen pintoresca de Galicia, en el sentido peyorativo de lugar atrasado, sucio y pobre, y apuesta por el turismo como una de las alternativas de futuro para su tierra. Se queja, como hizo la inglesa Annette Meakin, de la escasez y mala calidad de los alojamientos hoteleros y de la lentitud de los viajes por ferrocarril, para concluir que «lo pintoresco, que debiera ser un estímulo para construir hoteles y ferrocarriles, es aquí una disculpa de que no los haya», al contrario de lo que sucede en países como Suiza. En esta repulsa del pintoresquismo se esconde, sin duda, una defensa del buen nombre de Galicia y de los gallegos, algo sobre lo que vuelve al deshacer el tópico de que la gallega Bella Otero, por el hecho de ser una bailarina, se identifique como andaluza

o con su apoyo a la propuesta de García Martí de organizar la donación de un gran pazo rural al «patriarca de las letras españolas», el gallego y convecino de Camba, el escritor Ramón del Valle-Inclán. Es evidente que Camba no renuncia a su condición de gallego «celta» y que, además, no habla de Galicia en banales entrevistas estivales publicadas en periódicos locales, sino que escribe sobre Galicia y sus gentes y su cultura en las grandes cabeceras madrileñas en las que colabora habitualmente, desde *El Sol* o *El Mundo* hasta el *ABC*. Procura, a su modo, crear una buena fama de Galicia y refinar en lo posible su estereotipada imagen.

Otro problema en el que la mirada de Camba resulta original es en su visión de la cuestión migratoria gallega que, por razones biográficas, él conocía bien. La ironía de sus textos puede a veces desconcertar, pero el punto de vista elegido no admite dudas: «la emigración es un bien», afirma provocadoramente en 1919. Pero antes ya se había ocupado del asunto, bien a costa de la empresa balnearia del emigrante pontevedrés Casimiro Gómez, o bien en otro artículo titulado «El oro de América». Su contraposición entre el gallego que viaja a Madrid en busca de un puesto oficial y del que, cruzando el charco, se dirige a América condensa todo su pensamiento sobre la emigración gallega: es más barato y, añade con sorna, a veces más rápido ir a Buenos Aires que a Madrid, lo que en el fondo esconde una denuncia del centralismo español. Más que de una huida de la miseria, la emigración es vista por Camba como algo «lógico» e inevitable, incluso como una oportunidad o una estrategia de las familias gallegas, cuyo «porvenir» está más a mano en Buenos Aires que en Madrid, no sólo en el plano económico sino también en el cultural: «Por cada revista madrileña que llega a Galicia, hay cinco o seis revistas argentinas». Eran pocas las voces que, en estos años, se pronunciaban de forma tan clara sobre las ventajas de la emigración —la del cura rural Ramón Castro López fue otra de esas voces—, de modo que si llamo la atención sobre

este punto de vista de Camba es porque se trata de una opinión que se aparta claramente del imaginario construido por los intelectuales gallegos de la *Xeración Nós*, que consideraron la emigración como un fenómeno desgaleguizador y, además, como una ocasión perdida para el desarrollo de Galicia. Paradigma interpretativo de la emigración gallega que, pese a Camba o a Castro López, tuvo larga vida...

A un escritor de periódico como Camba, que poseía una de las mejores plumas de su época pero que por compasión con los lectores evitaba ser doctrinario en sus escritos, no se le podría exigir que su mirada sobre la tierra natal fuese sistemática y coherente. Es justamente lo contrario lo que esta selección nos ofrece: un breve y chispeante desfile de estrellas sobre el firmamento de una Galicia que también entonces era vista con las muletas de muchos estereotipos. Camba trató de librarla de algunos de estos clichés y, a su vez, ahondó en otros que tenían que ver más con las luchas políticas y la aparición de proyectos nacionales alternativos al español que con una voluntad de entender estos nuevos rumbos. Él era un hombre de la España post-98 al que la caída de la monarquía le cogió un poco por sorpresa, que vivió en silencio el declive de la etapa republicana y que, al estallar la guerra civil, se refugió en Galicia o en Portugal para retornar tardíamente a su querido Madrid, donde se convirtió en el «solitario del Palace». De la habitación 383 de este hotel era difícil hacerle salir, como acreditan los testimonios de sus amigos de entonces. Pero en las pocas salidas que se permitía, seguía siendo la figura que había cautivado a tantos de sus coetáneos, porque sólo aceptaba convites para comer con sus viejos amigos (Ruano, Sainz Rodríguez, «Gaziel», «Assía»...) en Lhardy o en Casa Ciriacco, o para jugar al billar o al póquer: «Fuera de comer bien, yo estoy seguro de que a Camba no le interesaba nada», diría César González Ruano, actitud que lo emparentaba con su es-



tirpe gallega. Lo de jugar ya era más propio de la vida cortesana. En realidad, Galicia y Madrid como referentes. Esto fue Camba: un gallego cuando viajaba por el mundo y un madrileño cuando miraba a Galicia, pero sin dejar de ser siempre la persona inteligente e irónica que escondía aquel hombre individualista y seguro de sí mismo que pudo decir en memorable ocasión: «Mi nombre es Camba». Hoy podríamos añadir, una vez leídos de corrido estos cincuenta artículos, que era más gallego de lo que él pensaba, no tanto por lo poco que escribió sobre su tierra natal sino por el punto de vista general con que analizó el ancho mundo.